SERIE DISCOVERY

¿Desea DIOS mi SANIDAD?

¿Desea Dios mi sanidad?

¿Usa Dios la enfermedad en las vidas de sus hijos para desarrollar su carácter? ¿Es esto coherente con las acciones de un Dios de amor? ¿Estamos enfermos porque no tenemos la fe necesaria para ser sanados? ¿Sana Dios hoy a las personas a través del ministerio de los sanadores por fe? Cuando una enfermedad o el sufrimiento nos ataca a nosotros o a alguien cercano a nosotros, ¿qué debemos pensar? ¿Qué debemos hacer?

Herb Vander Lugt, editor en jefe de proyectos de investigación de RBC Ministries, contesta esas y otras preguntas en este librito. Muestra lo que la Biblia enseña acerca de la sanidad. Además revela cuatro hechos patentes positivos e insuperables con los que todo hijo de Dios puede contar en tiempos de enfermedad y sufrimiento.

Martin R. De Haan II

Contenido

El problema del dolor.....3
Acuerdo y desacuerdo entre los cristianos.....4
Verdades bíblicas para los santos que sufren.....7
Dios le sanará.....**8**
Dios sufre cuando usted sufre.....**10**
Dios sabe porqué usted sufre.....**13**
Dios tiene el control.....**16**
Personas en la Biblia que enfermaron y sufrieron.....19
Preguntas sobre la sanidad.....21
¿Desea Dios mi sanidad?.....31
La enfermedad, la sanidad y usted.....33

Título del original: *Does God Want Me Well?*
Diseño de la cubierta: © Terry Bidgood, Michael Forrest
Traducción: Mercedes De la Rosa
Las citas de las Escrituras son tomadas de la versión Reina-Valera, 1960.

Copyright ©1998 RBC Ministries, Grand Rapids, Michigan

Printed in USA

El problema del dolor

El hombre respondió enojado a mis intentos de ayudar. Estaba muriendo de cáncer pulmonar y estaba lleno de amargura. Me dijo que no quería oír hablar de un Dios que deja sufrir a la gente de la manera en que sufre. Dijo también: «Me volví en contra de la Biblia y de la fe cristiana cuando mi madre se estaba muriendo de la misma enfermedad que yo tengo. Era una cristiana muy devota, pero a pesar de sus oraciones para que Dios la sanara o se la llevara al cielo, vivía con un dolor terrible mes tras mes. Decidí que, o bien no hay Dios, o no es la clase de Dios que uno cree que es.»

> **“Muchas personas se alejan de Dios por el problema del dolor.”**

Mi corazón se conmovió ante aquel hombre, pero nada de lo que dije le causó impresión. Finalmente pregunté: «?Su madre también se alejó de Dios?» Él respondió: «No, ella siguió hablando de la gracia de Dios y de ir a estar con Jesús.» Y entonces agregó rápidamente: «Pero yo no tengo la clase de fe que ella tenía.»

Sin duda alguna, muchas personas se alejan de Dios por el problema del dolor. Encuentran difícil creer que un Dios de amor y todopoderoso permita a la gente sufrir de la manera en que sufre. Por otro lado, miles han testificado que fue durante una época de profunda tristeza o de intensa angustia que encontraron a Dios más real y precioso que nunca.

Acuerdo y desacuerdo entre los cristianos

Los cristianos estamos de acuerdo en que Dios es amor, sabio y todopoderoso. Estamos de acuerdo en que este Dios bueno dio a sus criaturas morales libertad para escoger entre lo bueno y lo malo, y que la mala decisión de ellas trajo maldición sobre la tierra. También estamos de acuerdo en que este Dios, infinitamente sabio y bueno, lleva a cabo su plan para nuestro bien y para Su gloria.

Sin embargo, aun entre nosotros los que creemos en la Biblia existen algunas áreas de desacuerdo. Damos diferentes respuestas a dos preguntas muy importantes: una que tiene que ver con el propósito del dolor y la otra con el asunto de la sanidad sobrenatural.

?Usa Dios la enfermedad para que la gente buena sea mejor? Ken Blue, un cristiano evangélico con un ministerio efectivo en Vancouver, dice que no. Él escribe:

> *Lo que nosotros llamaríamos abuso en una familia humana, algunos lo han llamado bendición en la familia de Dios. Francis McNutt explica: «?Qué padre o madre humana escogería el cáncer para amansar el orgullo de su hija?» … Uno de los grandes obstáculos para un ministerio de sanidad vital en la Iglesia de hoy es la teoría de que la enfermedad es esencialmente buena para nosotros, que viene a nuestra vida para purificar el alma yformar el carácter… (Authority to Heal, InterVarsity Press, pp. 21,22).*

Por otro lado, el doctor M. R. De Haan, médico, pastor y fundador de la Clase Bíblica Radial, dijo que Dios sí usa la enfermedad en las vidas de sus hijos para convertirlos en mejores personas. El doctor De Haan escribió:

Los mejores sermones que he escuchado no fueron predicados desde un púlpito, sino desde los lechos de los enfermos. Las verdades más grandiosas y
profundas de la Biblia muchas veces las revelan … las almas humildes que han pasado por el seminario de la aflicción y han aprendido, por experiencia, cosas profundas de los caminos de Dios.

?Está afligido y sufriendo, hijo precioso de Dios? Entonces recuerde: su Padre sabe lo que es mejor.… Antes de poder hacer vino hay que aplastar las uvas. A menos que el violín se estire hasta que grite de dolor, no produce música. El trigo ha de molerse para poder hacer pan con él. Puede que no sepamos lo que Dios está haciendo ahora, pero algún día entenderemos y seremos como Él (Broken Things, Discovery House Publishers, 1988, pp.44,91).

“Antes de poder hacer vino hay que aplastar las uvas. El trigo ha de molerse para poder hacer pan con él.”

?Hace Dios milagros obvios de sanidad hoy? El doctor William Noland, después de un diligente período de investigación, declaró que no encontró evidencia de que Dios haga sanidades milagrosas ni de que haya dado a nadie el don para hacerlo. Escribe:

> Hace dos años, comencé a buscar un milagro de sanidad. Cuando empecé mi investigación esperaba encontrar alguna evidencia de que alguien, en algún lugar, tenía poderes sobrenaturales que usaba para curar a esos pacientes que nosotros, los doctores, con todo nuestro conocimiento y adiestramiento, debemos seguir

catalogando de «incurables». Tal como dije antes, no he podido encontrar a nadie que haga milagros así (*Healing: A Doctor in Search of a Miracle*, Fawcett, 1967, p.272).

“Dios sí sana milagrosamente… pero no siempre. Cuando no lo hace, no tenemos que culparnos ni caer en la desesperación.”

El doctor J. Sidlow Baxter, un bien conocido maestro bíblico, dice que sí, y escribe:

> ¿Quién puede negar el hecho de que ocurren hoy muchas sanidades milagrosas maravillosas en las reuniones de sanidad? Sólo aquellos que no han estado presentes ni lo han visto lo niegan. Yo he visto con mis propios ojos, que casi se me salen de las cuencas, al mudo de nacimiento hablar, al que es sordo como una tapia empezar a escuchar, al que ha sido ciego muchos años recibir la visión, al que está desahuciado con cáncer ser curado instantáneamente (lo cual han confirmado más tarde los médicos), a los que están lisiados por la artritis ser liberados y enderezados de inmediato, a las víctimas de esclerosis múltiple en silla de ruedas arrastrar ellos mismos su silla, por no mencionar otras sanidades igualmente maravillosas (*Divine Healing of the Body*, Zondervan, 1979, p.270).

Podemos responder a estas dos preguntas con un fuerte Sí. Dios sí usa el sufrimiento como medio para hacernos crecer espiritualmente. Más aún, también sana milagrosamente… pero no siempre. Y cuando no lo hace, no tenemos que culparnos ni caer en la desesperación.

Verdades bíblicas para los santos que sufren

Ella era enfermera y estaba bastante segura de que sabía lo que tenía. No obstante, su rostro se puso pálido cuando el médico entró al cuarto de hospital y dijo: «Sue, lamento mucho decirte lo que tú ya sospechas. Tienes esclerosis múltiple.» Ella sabía lo que iba a tener que soportar: parálisis gradual, problemas del habla, deterioro de la visión, estremecimientos bruscos de los músculos, y probablemente, momentos de intenso dolor. No era un panorama agradable.

Después que el médico se fue, Sue y su esposo lloraron, pero no por mucho tiempo. Oraron, hablaron, y expresaron su fe. Como resultado, ambos percibieron la presencia del Espíritu Santo. Recibieron la fortaleza para seguir adelante. Hoy, más de veinte años después, están bastante bien. La enfermedad ha progresado, pero mucho más lentamente de lo que esperaban.

Los elementos esenciales de esta escena suceden todo el tiempo. Ninguna familia sale completamente ilesa. No hay muchos, ni siquiera entre los más piadosos, que disfruten de una salud excelente hasta la vejez y que luego pasen tranquilamente al otro mundo. No sucede así. Es por eso que tenemos que saber lo que la Biblia enseña acerca de la enfermedad y la sanidad.

El siguiente estudio presenta cuatro verdades inquebrantables con las que todo hijo de Dios puede contar en tiempos de enfermedad y sufrimiento:

1. Dios le sanará.
2. Dios sufre cuando usted sufre.
3. Dios sabe por qué usted sufre.
4. Dios tiene el control.

DIOS LE SANARÁ

Si usted es un cristiano o una cristiana que padece alguna enfermedad o que sufre puede descansar en la certeza de que Dios le sanará: tal vez en esta tierra, pero de seguro en el cielo. Eso se lo garantiza Él. Como hijos suyos estamos destinados a recibir un cuerpo nuevo y glorificado y a vivir para siempre en el cielo. El apóstol Pablo obtenía un gran consuelo de esa expectativa de la resurrección y de la gloria eterna. Después de reafirmar la verdad de la resurrección de Cristo en 1 Corintios 15, procedió a señalar que nosotros también recibiremos cuerpos resucitados como el que Cristo tiene (vv.20-58). Esta verdad lo sostuvo mientras sufría en su servicio al Señor. En un espíritu de gozo y optimismo escribió:

> *Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas. Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos (2 Corintios 4:16-5:1).*

Tal vez no le entusiasmen mucho estas palabras. Usted desea la sanidad aquí y ahora. Sus sentimientos son normales. El sufrimiento no es agradable. Instintivamente queremos buena salud y libertad del dolor. ¡Los queremos ya! Pero cuando nos

permitimos pensar de esta manera estamos mirando la vida desde el punto de vista de aquellos que no tienen una verdadera esperanza del cielo, los que nos dicen que disfrutemos todo lo que podamos porque «sólo se vive una vez».

¡Eso es malo! Los creyentes en Cristo deben vivir por encima del nivel meramente humano. Hemos de enfrentar el hecho de que la vida es breve, en el mejor de los casos, y de que las cosas aquí abajo nunca serán perfectas. Se nos llama a ejercer nuestra fe y a ver más allá de lo inmediato y lo terrenal. ¡Viviremos para siempre en un mundo maravilloso y nuevo! Cuando en realidad comprendemos esta verdad podemos compartir la victoriosa actitud expresada por Pablo en 2 Corintios 4. Comenzaremos a esperar gozosamente las realidades invisibles y eternas del cielo. En realidad, nos «[gloriaremos] en la esperanza de la gloria de Dios» (Ro. 5:2).

Joel A. Freeman nos da un ejemplo de una persona que aprendió esta lección. Escribe: «Brian entiende este principio. Ha sido muy difícil para él aprenderlo. Con 18 años de edad, sus ojos comunican picardía al tratar de pasarme por encima de los pies con su potente silla de ruedas eléctrica. (Me recuerda que debo ponerme mis botas con punta de acero la próxima vez que lo visite.)

»Hace cuatro años, Brian estaba montando su bicicleta de diez velocidades cuando un conductor borracho se volcó, cruzó la franja que divide los carriles, y lo golpeó por un lado. Brian cayó patas arriba a unos 30 metros de allí. Lo próximo que recordó fue el suave toque en la frente de la mano de una enfermera… cinco días más tarde.

»Como parapléjico, Brian ha luchado con las frías garras de la autocompasión. Ha tratado de vencer el seductor susurro del suicidio. Pero, ¿saben qué? Ha logrado una tremenda victoria, ha aceptado la soberanía de Dios en el accidente.

»La condición física de Brian ha mejorado muy poco, pero

su actitud ha dado un giro de 180 grados, cambiando de ataques cíclicos de rabia y desesperación a miradas brillosas llenas de un propósito eterno de vivir. Se ha convertido en un «sanador de heridas», consolando a otros en lo que él ha sido consolado» (God Is Not Fair [Dios no es justo], Here's Life Publishers, p. 110).

No, Brian no está del todo bien físicamente. Pero ha experimentado la presencia de Dios. Sabe que es miembro de ese gran cuerpo de santos sufridos que han partido ya (He. 11:30-12:4). Eso lo anima y lo hace esperar con entusiasmo el día en que estará completamente bien y con ellos.

DIOS SUFRE CUANDO USTED SUFRE

Si es un creyente que sufre, la segunda verdad bíblica de la que puede obtener gran fortaleza es saber que Dios sufre con usted. Él no es el «Autor inconmovible» de la filosofía griega. No es un Ser insensible que ignora el dolor de sus criaturas. Tampoco es un Alá caprichoso que lleva a cabo su voluntad sin ninguna consideración de aquellos que sufren. Por el contrario, es nuestro amante Padre celestial. Sufre cuando nosotros sufrimos. El salmista declaró: «Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen. Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo» (Sal. 103:13,14).

Mientras repasaba cómo lidiaba Dios con Israel, el profeta escribió; «En toda angustia de ellos él fue angustiado, … en su amor y en su clemencia los redimió…» (Is. 63:9). Los profetas del Antiguo Testamento describieron a Dios una y otra vez deleitándose en bendecir a sus Hijos y afligiéndose cuando éstos debían sufrir.

Sin embargo, la verdad de que Dios sufre cuando nosotros sufrimos no encontró su plena expresión hasta que fue revelada en la persona de Jesucristo. Él es Emanuel, «Dios con nosotros» (Is. 7:14). Él, la segunda persona de la eterna Trinidad, se hizo miembro de nuestra humanidad. Sufrió todo lo que podemos sufrir. Nació en un establo como miembro de una familia pobre. Creció en un hogar humilde de una pequeña ciudad. Trabajó como obrero hasta la edad de treinta años. Durante los tres años de su ministerio no tuvo casa. Sus medio hermanos no lo querían. Fue rechazado por el pueblo judío, al cual vino. No lo comprendían y lo tergiversaban. Se burlaron de Él. Lo acusaron falsamente. Fue traicionado por un compañero cercano. Fue abandonado por sus amigos más cercanos. Fue azotado. Lo obligaron a cargar un pesado madero sobre su espalda lacerada. Fue clavado a una cruz. Y aun cuando colgaba de la cruz soportó la mofa de los burladores.

?Por qué hizo todo eso? ¿No pudo haber pagado el precio por nuestros pecados sin pasar por toda esa humillación y abuso? Hasta donde sabemos, la respuesta es Sí. Su muerte en la cruz, no su sufrimiento anterior al Calvario, expió nuestro pecado. Parece que pasó por todo ese dolor y humillación adicionales por dos razones: revelar el corazón de Dios (2 Co. 4:6), y convertirse en nuestro sumo sacerdote solidario (He. 4:15,16). Dios siempre ha sufrido cuando su pueblo sufre. Pero lo hizo de una manera tangible a través de la encarnación, a través del acontecimiento que comenzó en Belén.

¿Está sufriendo o pasando por alguna aflicción? ¿Se siente decepcionado porque va a morir antes de realizar sus planes y esperanzas? Puede estar seguro de que a Dios le importa. Él sufre con usted. A Él no le gusta lo que usted está soportando como tampoco le gusta a usted. Él podría intervenir y sanarlo instantáneamente. Pero si hiciera eso por usted y por todas las personas que sufren, nadie tendría necesidad de la clase de fe

que forma el carácter cristiano. Por eso Dios permite que sufra. Mientras tanto, Él, al igual que usted, espera anhelante el momento en que termine todo el dolor humano.

“La verdad de que Dios sufre cuando nosotros sufrimos no encontró plena expresión hasta que se reveló en la persona de Jesucristo.”

J. I. Packer expresó esta verdad elocuentemente:

> El amor de Dios a los pecadores implica Su propia identificación con sus necesidades. Dicha identificación está presente en todo amor: es en realidad la prueba de si un amor es o no genuino.… No en vano la Biblia habla usualmente de Dios como el Padre y esposo amoroso de su pueblo. De la naturaleza misma de estas relaciones se deduce que la felicidad de Dios no estará completa hasta que sus amados dejen finalmente de tener problemas.… En efecto, Él ha decidido que de aquí en adelante y por toda la eternidad, Su felicidad dependerá de la nuestra. Por tanto, Dios salva, no sólo para gloriarse, sino para alegrarse (Knowing God, InterVarsity Press, 1973, p.113). [*Hay traducción al español con el título Conociendo a Dios*, de Editorial CLIE. N. del T.].

De la misma manera en que un esposo sufre cuando ve a su esposa experimentar dolor, y así como los padres que aman a sus hijos sienten la angustia de ellos, así también el Señor sufre cuando usted sufre. Y no estará del todo contento hasta que usted deje de sufrir.

DIOS SABE PORQUÉ USTED SUFRE

Esta es la tercera verdad que consuela. Cuando sufrimos queremos respuestas, por tanto clamamos: «?Por qué?» Hasta los siervos especiales de Dios pueden hacer esto cuando les llega a ellos la aflicción o el dolor.

Conozco a un pastor que hace poco se enteró de que tenía cáncer. Estaba disgustado con los caminos de Dios. Le dijo a un amigo: «No entiendo por qué Dios permitió que pasara esto. Le he servido fielmente. No estoy alimentando ningún pecado secreto. He cuidado bien mi cuerpo: tomo alimentos sanos, evito los dulces, el café y las gaseosas. Mantengo mi peso bajo control. No creo merecer esto.»

Sus quejas nos recuerdan aquellas elevadas por Job casi 4.000 años atrás. Job pronunció las palabras *¿por qué?* dieciséis veces. Hasta mencionó doce maneras en que había sido un hombre moral, honesto, amable y amoroso (Job 31:1-14). Pero Dios nunca contestó los por qués de Job. Tampoco respondió a las interrogantes que salieron de los labios de mi amigo pastor. Sin embargo, Dios hizo algo mejor. Les dio a ambos la seguridad de que Él sabía por qué. Lo hizo recordándoles la gran sabiduría y el poder que había mostrado en la creación del mundo. Más aún, llevó a ambos a un punto en que reconocieron que Sus caminos son perfectos en sabiduría y bondad.

A veces nosotros podemos contestar la pregunta de por qué. Siempre es bueno examinar nuestro corazón para ver si tenemos la culpa de nuestro dolor. Puede que estemos enfermos por no haber obedecido reglas de sentido común para la salud. Tal vez el accidente que nos hizo daño fue resultado de nuestra negligencia. También es posible que nuestra enfermedad sea

resultado del castigo de Dios porque haya pecado en nuestra vida (1 Co. 11:29,30; He. 12:6). La Biblia enseña que algunos cristianos mueren a destiempo (humanamente hablando) debido al pecado (Hch. 5:1-11; 1 Co. 11:30). Si sabemos que hemos estado viviendo en desobediencia debemos arrepentirnos. Puede que Dios nos sane cuando lo hagamos. Y cuando veamos morir a un ser querido que ha caído en pecado, podemos consolarnos en la seguridad de que Dios a veces se lleva a uno de sus hijos al hogar celestial antes que verlo seguir en su curso destructivo.

Sin embargo, muchas veces no podemos encontrar respuestas específicas a nuestros por qués. No siempre podemos esperar saber la razón por la que estamos sufriendo. Pero aun entonces, Dios no nos deja completamente en la oscuridad. Además de asegurarnos que Él sabe por qué, nos ha mostrado que hasta el sufrimiento inexplicado tiene un propósito valioso.

En Juan 9, Jesús usó un encuentro con un hombre ciego para enseñar a sus discípulos la siguiente lección. Ellos preguntaron: «Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?» (v.2). Los discípulos obviamente veían aquella aflicción como un castigo por el pecado de alguien, ya fuera el de sus padres o del propio hombre cuando todavía estaba en el vientre de su madre. Jesús les contestó: «No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él» (v.3). La aflicción de este hombre no era un castigo por ningún pecado en especial. Pero tenía valor. Estaba diseñada para convertirlo en un vehículo a través del cual pudiera exhibirse el poder de Dios. Después que hubo comunicado lo que quería comunicar, Jesús dijo: «Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar» (v.4). Luego dio la vista al hombre.

La aplicación para nosotros es obvia. En vez de desperdiciar energía en una especulación inútil acerca del porqué, veamos el sufrimiento -ya sea el nuestro o el de los demás- como una

oportunidad de demostrar el poder de Dios y de glorificarlo. Tal vez Él conteste nuestras oraciones sanándonos. Quizás use el sufrimiento de alguien a quien amamos para hacernos más compasivos, más amables, más útiles. O puede que nos permita sufrir pero que nos dé tal gracia sobrenatural que seamos un testimonio vibrante para su gloria. En realidad, Dios tiene muchas buenas razones para dejarnos sufrir:

- El sufrimiento acalla a Satanás (Job 1-2).
- El sufrimiento da a Dios una oportunidad de glorificarse (Jn. 11:4).
- El sufrimiento nos hace más semejantes a Cristo (He. 2:10; Fil. 3:10).
- El sufrimiento nos hace agradecidos (Ro. 8:28).
- El sufrimiento nos enseña a depender de Dios (Éx. 14:13,14; Is. 40:28-31).
- El sufrimiento nos capacita para ejercitar nuestra fe (Job 23:10; Ro. 8:24,25).
- El sufrimiento nos enseña paciencia (Ro. 5:3; Stg. 1:2-4).
- El sufrimiento nos hace solidarios (2 Co. 1:3-6).
- El sufrimiento nos hace y nos mantiene humildes (2 Co. 12:7-10).
- Trae recompensas (2 Ti. 2:12; 1 P. 4:12,13).

Podrían darse muchas otras razones para el sufrimiento. Puede que no sepamos cuál se ajusta a nuestra situación, pero Dios sí. Eso es consolador.

DIOS TIENE EL CONTROL

Esta es la cuarta verdad bíblica para los creyentes que sufren. El hecho de que Dios tenga el control no significa que Él sea la causa directa de toda lesión o enfermedad. A veces éstas vienen a través de Satanás y por lo general mediante el funcionamiento de las leyes naturales que Dios ha colocado en el universo.

Satanás fue el que robó a Job sus posesiones, sus hijos y su salud. La mujer a la que Jesús sanó de una enfermedad que la tenía lisiada era «hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años» (Lc. 13:16). Satanás también estaba involucrado en la «destrucción de la carne» en la vida de un miembro de la iglesia que estaba en disciplina (1 Co. 5:5). Y el «aguijón en la carne» de Pablo era un «mensajero de Satanás que lo abofeteaba» (2 Co. 12:7).

Sin embargo, la mayoría de los sufrimientos son resultado de procesos naturales. El hábito de emborracharse produce alucinaciones, un habla poco correcta y derrumbe físico (Pr. 23:29-35). El joven que entra en la casa de una prostituta es como un buey que va al matadero (Pr. 7:22). Los problemas de estómago de Timoteo probablemente estaban relacionados con el agua que tomaba (1 Ti. 5:23). Muchas enfermedades se eliminan por medio de vacunas, dieta y buenos hábitos de salud. Es obvio que no podemos hacer a Dios el agente principal en un alto porcentaje del sufrimiento que plaga a la humanidad.

Sin embargo, el hecho de que Satanás y los factores naturales sean los agentes directos de gran parte del sufrimiento humano no debe tomarse como evidencia de que Dios no está involucrado. Estos males no habrían ocurrido si Él no los hubiera permitido. Dios dio permiso al diablo para afligir a Job, pero le puso límites (Job 1-2). Aun cuando los accidentes o las enfermedades se

puedan atribuir a la negligencia o a causas naturales, ocurren porque Dios los permite. Jesús nos aseguró que no nos puede suceder nada que no pase antes por la voluntad permisiva de Dios. Dijo que hasta un acontecimiento aparentemente insignificante, como la muerte de un pajarillo, no sucede «sin vuestro Padre» (Mt. 10:29). Pablo expresó el control que Dios tiene sobre todo al declarar que los que creemos hemos sido «predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad» (Ef. 1:11).

> **“Jesús nos aseguró que no nos puede suceder nada que no pase antes por la voluntad permisiva de Dios.”**

Dios tiene todo bajo control. Puede que permita que el diablo lo pruebe a usted causándole una enfermedad. Puede que permita que sufra un gran dolor a causa de un accidente ocasionado por la negligencia o por el ataque perverso de una persona mala. Estos acontecimientos desagradables nos prueban y pueden incluso tentarnos a pecar, pero podemos descansar en la siguiente seguridad:

> *No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar (1 Co. 10:13).*

Independientemente de cuál sea su prueba, independientemente de lo grande que sea su dolor o su aflicción, recuerde que pasó por la voluntad permisiva de su Padre celes-

> **“El Dios perfectamente sabio y bueno a quien sirve tiene todo bajo control. Obra para que a la larga usted disfrute del máximo bienestar.”**

tial antes de llegar a usted. Él le ama. Puede que le sane milagrosamente. Si no, estará con usted en todo su dolor y un día le llevará al cielo. Independientemente de lo que Él haga, obra para que a la larga usted alcance el máximo bienestar. El Dios perfectamente sabio y bueno a quien usted sirve tiene todo bajo control.

Personas en la Biblia que enfermaron y sufrieron

La Biblia nos da muchos relatos de enfermedades graves, intenso sufrimiento, profunda tristeza y muerte a destiempo. Estas cosas se atribuyen, o bien a Dios, o bien a Satanás, y en algunas ocasiones no se dice de dónde provienen. A veces la sanidad llegaba por un milagro, otras veces llegaba mediante una curación natural, y en otras ocasiones, la sanidad temporal no se producía, sino que la persona moría. A veces se da la razón, otras veces queda implícita, y en algunas ocasiones no se indica de ninguna manera.

Job (Job 1-42)

- Identidad: un hombre piadoso y rico que vivió hace unos 4.000 años (1:1-5).
- Aflicción: pérdida de su propiedad, muerte de sus hijos, dolorosa enfermedad de la piel (1:13-19; 2:1-10).
- Fuente de la aflicción: Satanás con permiso de Dios (1:12; 2:6).
- Razón de la aflicción: prueba y refinamiento (1:6-12; 2:1-10; 23:10).
- Resultado de la aflicción: un mayor conocimiento de Dios y de sí mismo (42:1-6).
- Lección: Tanto Dios como Satanás pueden estar involucrados en nuestras aflicciones (Job 1:12; 2:6).

María (Éx. 15:20,21; Nm. 12; 26:59)

- Identidad: hermana de Moisés y de Aarón.
- Aflicción: lepra.
- Fuente: Dios.
- Razón: castigo por rebeldía.

- Resultado: arrepentimiento, sanidad y restauración.
- Lección: Dios a veces usa el sufrimiento para castigar a sus hijos desobedientes.

La esposa de Ezequiel (Ez. 24:15-27)

- Identidad: esposa de un profeta mayor.
- Aflicción: enfermedad y muerte.
- Fuente: Dios.
- Razón: ilustrar la relación de Dios con Israel.
- Resultado: Dios se glorificó (implícito).
- Lección: Dios a veces usa el sufrimiento, e incluso la muerte, para lograr sus propósitos.

Mefi-boset (2 S. 4:4; 9)

- Identidad: hijo pequeño del rey Saúl.
- Aflicción: lisiado por una caída.
- Fuente: no se da.
- Razón: no se da.
- Resultado: aflicción de por vida sin cura.
- Lección: Dios no siempre nos dice la razón de nuestro sufrimiento.

Pablo (2 Co. 12:1-10)

- Identidad: el gran apóstol de los gentiles.
- Aflicción: un aguijón en la carne (una enfermedad física no identificada).
- Fuente: regalo de Dios (se implica) y un «mensajero de Satanás».
- Razón: impedir que Pablo se exaltara a sí mismo debido a sus experiencias espirituales únicas.
- Resultado: Pablo permaneció con el aguijón a pesar de sus oraciones por liberación, pero ese aguijón se convirtió en una bendición porque aumentó su dependencia del Señor.
- Lección: Dios no siempre otorga sanidad temporal, ni siquiera a sus hijos más devotos.

Preguntas sobre la sanidad

En las páginas siguientes intentaremos contestar algunas preguntas comunes sobre la sanidad que generalmente se relacionan con pasajes bíblicos específicos.

?Qué se puede decir de nuestra autoridad para sanar? En un artículo de Nuestro Pan Diario yo dije que aunque no tenemos la autoridad de revivir a los muertos podemos hacer cosas prácticas para ayudar a aquellos que pasan por alguna tristeza. Para mi sorpresa, varias personas me escribieron acusándome de no creer en Mateo 10:7,8: «Y yendo, predicad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado. Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia.»

Sí, el Señor dio a sus discípulos autoridad para sanar, tal vez incluso para resucitar a los muertos (aunque estas palabras no aparecen en algunos de los manuscritos más antiguos). Pero erramos si interpretamos estas palabras como órdenes para nosotros o si creemos que nos dan autoridad para sanar a los enfermos y resucitar a los muertos. Jesús dirigió esas palabras a un grupo pequeño de hombres que, en aquel momento, del otro lado del Calvario, estaban predicando el «evangelio del reino» a los judíos solamente. Después de referirse a este pasaje, el doctor De Haan, en su estilo inimitable, escribió:

> Ellos no debían aceptar dinero por sus servicios; no debían llevar ninguna provisión, sino vivir de la bondad, de la caridad y de la generosidad de la gente a quien ministraban.… Aquellos apóstoles no podían arrellanarse en el lujo; nada de suites en hoteles caros; sino que su vida debía ser de rigor y de autonegación; una vida de pobreza como correspondía a los seguidores

de Aquel que no tenía «dónde recostar su cabeza», el cual nació en un establo, dependía de la caridad de sus amigos, montó un pollino prestado, y murió en una cruz de pecadores. Entonces, si hemos de apropiarnos de esta comisión que aparece en el versículo 8, «sanad enfermos», también debemos acatar todas esas otras instrucciones que el Señor dio junto con ella. Este versículo se cita constantemente como razón para hacer los mismos milagros hoy, pero sólo la coherencia misma exige que el resto del pasaje se aplique también.

?Qué podemos decir de la sanidad en la expiación? «Usted no tiene que estar enfermo. Cristo murió por nuestras enfermedades así como por nuestros pecados. Mediante la fe debemos reclamar la libertad de la enfermedad de la misma forma en que reclamamos la libertad de la pena por nuestros pecados. Eso es lo que nos dice Mateo 8:16,17.» Un hombre piadoso que estaba muriendo de cáncer escuchó a un predicador radial decir esto. Se angustió mucho. Empezó a sufrir de un sentimiento de culpa por su falta de fe tanto como sufría por su enfermedad. Yo le aseguré que no había fracasado espiritualmente. Él y sus seres queridos habían orado fervientemente. Ni sus oraciones ni su fe eran deficientes. Aparentemente no era la voluntad de Dios sanarlo. El hombre pudo entonces enfrentar su muerte inminente con fe y valor.

Examinemos Mateo 8:16,17 para ver exactamente lo que dice acerca de la relación entre la expiación y la sanidad. Leemos:

> *Y cuando llegó la noche, trajeron a él muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos; para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: El mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias.*

Las últimas palabras son una cita precisa del texto hebreo de Isaías 53:4. Jesús «llevó» nuestras enfermedades participando en los dolores y las tristezas de la humanidad solidaria y compasivamente. Sus milagros de sanidad eran señales. Mostraban su compasión por nosotros y señalaban a su muerte, con la cual pagaría el precio por el pecado de manera que, a la larga, el sufrimiento pudiese terminar. Sus milagros de sanidad eran señales de la completa sanidad que a la larga disfrutarán todos los que coloquen su confianza en Él.

> **“Los milagros de sanidad de Jesús eran señales de la completa sanidad que a la larga disfrutarán todos los que coloquen su confianza en Él.”**

No hay nada en este pasaje que sugiera siquiera remotamente que podemos reclamar sanidad mediante la expiación. D. A. Carson observó astutamente: «La cruz es la base de todos los beneficios que se le acumulan al creyente; pero eso no significa que todos esos beneficios se puedan obtener al presente si los exigimos, de la misma forma en que tampoco podemos exigir ahora nuestros cuerpos resucitados» (The Expositor’s Bible Commentary, tomo 8, Zondervan, p.267).

?Qué podemos decir de los cultos de unción? En los cultos de algunas iglesias se invita a las personas enfermas y que sufren a pasar al frente para ser ungidas con aceite y para orar por ellas, y basan esta práctica en Santiago 5:13-16. Pero la persona enferma de Santiago llama a los ancianos de la iglesia para que vayan a verlo. Tal vez estaba demasiado enfermo como para ir hacia ellos. Algunos estudiosos de la Biblia interpretan la combinación de la palabra griega asthenia (enfermo) del

versículo 14 con la palabra kamno (enfermo) del versículo 15 como la descripción de alguien que está acostado en una cama, probablemente enfermo sin esperanza de curación. ¡Esta unción no ocurre en un culto público ni por una invitación desde el púlpito!

Los ancianos habían de orar por la persona enferma y ungirla con aceite. Dicha unción con aceite era ceremonial, no medicinal. El aceite no tenía valor curativo para una persona con una enfermedad grave que podía matarla. Además, Santiago dijo que es la «oración de fe», no el aceite, lo que salva al enfermo de la muerte física.

?Qué es esta oración de fe? Ciertamente que no es un estado mental que se adquiere mediante mucho llanto o gritería en agonía. Eso va contra lo que Jesús dijo de la oración (Mt. 6:7-15). La «oración de fe» es una oración guiada por el Espíritu, sensible a la voluntad de Dios y sumisa a ella.

El libro de Santiago 5:13-16 fue dirigido a los santos de la era de la Iglesia. Pero algunos estudiantes de la Biblia creen que estaba destinado solamente a los que vivieron en la época apostólica. Señalan que Santiago fue escrito en una fecha muy temprana, cuando los apóstoles que poseían los dones de sanidad y discernimiento (1 Co. 12:1-11) todavía vivían. También llaman nuestra atención al hecho de que el texto parece implicar que siempre se podía esperar la sanidad.

Sin embargo, muchos otros estudiantes de la Biblia no se sienten cómodos con esta interpretación. No encuentran razones sólidas para limitar esta instrucción a la era apostólica. Por tanto dicen que debemos atender las peticiones de unción y oración de los enfermos. También dicen que la confesión de pecado parece ser un elemento importante del culto de unción y oración.

Los eruditos bíblicos difieren ciertamente en cuanto al valor de esta práctica en la iglesia de hoy. Sin embargo, una cosa es segura. Ninguna persona imparcial puede convertirla en la base

bíblica de los cultos públicos de unción.

?Qué podemos decir de la promesa de Juan 14:12? Jesús dijo a sus discípulos: «De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre» (Jn. 14:12). La primera pregunta que debemos hacernos es: «?A quién estaba hablando Jesús?» La respuesta es clara: a sus discípulos. ¿Se cumplieron sus promesas? Sí. Sus milagros, algunos de los cuales se registran en Hechos, eran realmente similares a los de Cristo. Pero, ¿y las «obras mayores»? Ciertamente que no eran físicas. ¿Cómo se puede superar alimentar a 5.000 personas con el almuerzo de un muchacho, calmar una tempestad pronunciando una sola palabra, y resucitar muertos? Las «obras mayores» indudablemente se referían a los triunfos espirituales del evangelio. Los apóstoles, con poder del Espíritu Santo, iniciaron un movimiento que puso el mundo de su época patas arriba (Hch. 17:6). Millones de personas, en su mayoría gentiles, creyeron las buenas nuevas y fueron transformadas ¡en un período de sólo treinta años! Las promesas que hizo nuestro Señor a los apóstoles se han cumplido.

“Dios podría optar por darnos poder para hacer milagros como los hicieron Jesús y los apóstoles. Pero no nos prometió dárnoslo.”

Recuerde, nuestro Señor se estaba dirigiendo a su círculo íntimo de discípulos y cumplió las promesas que les hizo. No tenemos derecho a interpretar estas palabras como un mandato para nosotros hacer milagros. Aun en la época de los apóstoles, los dones sobrenaturales y la sanidad eran distribuidos por Dios

soberanamente como Él quería. Dios no daba los mismos dones a todos (1 Co. 12:1-11). Después de enumerar los dones, Pablo escribió: «Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere» (1 Co. 12:11). Sí, Dios podría optar por darnos poder para hacer milagros como los hicieron Jesús y los apóstoles. Él es soberano. Pero no nos prometió dárnoslo, ¡ni en Juan 14:12 ni en ningún otro pasaje bíblico!

?Qué podemos decir del don de sanidad? Algunos líderes cristianos están convencidos de que poseen los «dones de sanidades» a los que se refiere 1 Corintios 12. Más aún, muchas personas cuerdas, honestas y respetables apoyan esta afirmación. Testifican que han experimentado o visto verdaderas sanidades mediante la imposición de manos en un culto de sanidad. Y desafían a los que no les creen a producir un versículo neotestamentario que diga explícitamente que los dones de sanidades cesaron con los apóstoles.

Ahora bien, es cierto que los escritores del Nuevo Testamento no declaran en ningún lugar explícitamente que los dones de sanidades cesaron. Sin embargo, Hebreos 2:1-4 dice claramente que los dones de señales milagrosas no estaban presentes por el año 68 d.C. como lo estaban en una etapa anterior de la era apostólica. El escritor de los Hebreos declaró que el mensaje de salvación «fue confirmad[o] … con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad» (He. 2:3,4). Usó el tiempo pasado. Además, juntó las «señales y los prodigios» y los «repartimientos del Espíritu». Parece que los dones de señales sobrenaturales ya no estaban presentes como lo estuvieron en una época anterior.

Otro asunto significativo es el hecho de que en el idioma griego, los dones de señales sobrenaturales se escriben en plurales dobles: «dones de sanidades», «dones de lenguas», «repartimientos del Espíritu». Esto podría indicar que los dones

sobrenaturales no residían en una persona como el don de un oficio, digamos el de apóstol, profeta, evangelista y pastor-maestro (Ef. 4:11). Aparentemente venían sobre una persona para un acontecimiento específico y el Espíritu Santo tenía que darlos de nuevo o renovarlos según su voluntad. Tal vez fue por eso que Pablo, quien en una ocasión sanó a muchas personas (Hch. 19:11,12), no pudo sanar a Epafrodito (Fil. 2:25-30), a Trófimo (2 Ti. 4:20), ni a Timoteo (1 Ti. 5:23).

“Las sanidades actuales que se producen mediante la oración no necesariamente indican que alguien ha ejercido el don de sanidad. Dios puede sanar en respuesta a la oración siempre que quiera hacerlo.”

Puesto que ni siquiera los apóstoles poseían un don de sanidad permanente, tenemos una buena razón para negar que alguien lo tenga hoy. Asímismo entonces, las veces que se registran sanidades milagrosas durante eras subsiguientes de la historia de la Iglesia no deben considerarse evidencias de que las señales, los prodigios y los dones de sanidades continuaran. Una sanidad divina no tiene que ser una señal ni un prodigio, ni siquiera si es bastante claro que ha sido sobrenatural. Tampoco indican las sanidades presentes que se logran por la oración que alguien ejerció los «dones de sanidades». Dios puede sanar como respuesta a la oración siempre que Él decida hacerlo.

?Qué se puede decir de los asombrosos casos contemporáneos de sanidad? Dondequiera uno puede encontrar personas que hablan de haber sido curadas milagrosamente a

través de la oración, de una visita a un santuario, o mediante el trabajo de un sanador. La tendencia entre los no cristianos (e incluso de muchos cristianos) ha sido ignorar o negar estos casos. Sin embargo, últimamente muchas personas seculares los están tomando más en serio sin considerar esos fenómenos inexplicables milagros divinos. Son prontos para señalar que las remisiones espontáneas y las aparentes sanidades ocurren entre los cristianos y entre los no cristianos. Se refugian en el misterio de la relación entre la mente y la materia y el inexplicable poder de la sugestión. Ni siquiera intentan refutar los testimonios de sorprendentes sanidades de personas que recibieron tratamiento de curanderos cuyos métodos no tienen validez científica.

Nuestro enfoque como cristianos es diferente. Creemos en Dios y en su poder para sanar. Muchos de nosotros hemos vivido experiencias en carne propia de asombrosas sanidades que han sido respuestas a la oración. Por tanto, no cuestionamos el hecho de que Dios pueda sanar y lo haga. Sin embargo, debemos reconocer que no todos los incidentes que humanamente son inexplicables son milagros de Dios. ¡Ocurren aun entre los que adoran a Satanás! Por tanto, probamos la credibilidad de un líder religioso por lo que enseña, no por un análisis de los milagros que se le atribuyen.

?Y el «aguijón en la carne» de Pablo? En 2 Corintios 12:1-10, Pablo habló de su «aguijón en la carne». Dijo que le fue «dado» para impedir que se volviese vanidoso por las asombrosas revelaciones que había recibido. También declaró que ese aguijón era un mensajero de Satanás que lo abofeteaba. Quien le dio el aguijón fue Dios, indudablemente; Él, no el diablo, sería el interesado en que Pablo mantuviese su humildad. Pero Satanás podía usar el aguijón para angustiarlo.

No sabemos qué era ese «aguijón». Se han sugerido varias cosas. Algunos piensan que pudo haber sido una enfermedad

de la vista, epilepsia o malaria. Otros, dispuestos a sostener que los cristianos obedientes no se enferman, han dicho que tenía un demonio dentro de sí o enemigos acérrimos. Sin embargo, estas últimas sugerencias no concuerdan con las palabras de Pablo: «… Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo» (v.9). Un demonio que posee a uno o enemigos persistentes no son «debilidades». El «aguijón» era, sin duda alguna, algún tipo de aflicción física. Y Dios se la dio a Pablo para su bien espiritual. Dios no se lo quitó a pesar de que Pablo oró fervientemente para que se lo quitase. Mas le dio tal gracia y fortaleza que Pablo veía el aguijón como una bendición.

?Cuánta fe neesito? Mucha gente tiene la idea de que si cumplimos las condiciones de Dios de tener suficiente fe, siempre vamos a ser sanados. Por eso «mencionan y reclaman» audazmente una completa sanidad cuando oran. Hasta le dicen a una persona que está bien, aun cuando los síntomas de la enfermedad siguen presentes.

El doctor Paul Brand, en la edición del 25 de noviembre de 1983 de la revista Christianity Today [El cristianismo de hoy] contó la triste historia de una familia que veía las cosas de esta manera. Cuando su hijo de quince meses de nacido cayó con síntomas de resfriado, la familia siguió el consejo de los líderes de su iglesia y dependió exclusivamente de la oración para su recuperación. Su hijo se enfermó más y más durante las siguientes semanas, perdiendo poco a poco los sentidos del oído y de la vista. Finalmente murió, y siguió muerto a pesar de fervientes oraciones para que Dios restaurase su vida. La autopsia mostró que la causa de la muerte fue una forma de meningitis que pudo haberse tratado fácilmente.

Ahora bien, estas personas tenían una fe tremenda. Pero la fuerza de nuestra fe no determina si la sanidad vendrá o no. Algunos de los milagros del Señor no estaban relacionados de

> **“La fuerza de nuestra fe no determina si la sanidad vendrá o no.”**

ninguna manera con la fe de aquellos que se beneficiaron de ellos (Mt. 12:9-13; Mr. 1:23-28; Lc. 7:11-15; 13:10-13; 14:1-6; 22:50,51; Jn. 9:1-38). Además, ¿vamos a decir que Pablo no fue sanado de su «aguijón en la carne» porque no tenía suficiente fe? ¿Era la falta de fe en Timoteo la razón por la que tenía problemas estomacales? (1 Ti. 5:23).

¿Desea Dios mi sanidad?

Ahora estamos preparados para contestar directamente la pregunta que aparece en la cubierta de este librito. Sí, Dios desea su sanidad, de la misma forma en que «quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Ti. 2:4). Pero no todo el mundo acepta Su oferta de salvación. Dios quisiera ver a sus hijos bien, pero muchos desobedecen las reglas para disfrutar de una buena salud. Algunos andan por caminos pecaminosos y necesitan ser castigados (He. 12:6). Todos nos beneficiamos espiritualmente de algunas pruebas y del dolor. Tanto Pablo como Santiago exhortaron a los creyentes a alegrarse cuando fuesen probados por el sufrimiento (Ro. 5:3-5; Stg. 1:2-4). Su enseñanza nos asegura que es un elemento indispensable en nuestro desarrollo espiritual. A Dios le gustaría que estuviésemos bien, pero no sería bueno para nosotros ir por la vida sin dolor.

> **“La Palabra de Dios da garantías y promueve un estilo de vida que conduce al bienestar físico y espiritual.”**

Sin embargo, no concluimos por eso que debemos ver con pesimismo la salud física ni el placer. Tampoco debemos resignarnos estoicamente a la idea de que debemos esperar mucho sufrimiento. Al contrario, debemos mirar la vida con optimismo. La Biblia da garantías y promueve un estilo de vida que conduce al bienestar físico y espiritual, y lo hace en al menos nueve formas:

1. Da alivio de la pesada carga de la culpa (Salmo 32:1,2; Romanos 5:1).
2. Da el poder para liberarnos de la amargura interior causada por un espíritu no perdonador (Mateo 6:12,14,15; Efesios 4:32).
3. Promueve una perspectiva positiva de nuestro cuerpo asegurándonos que el Espíritu Santo vive en él (1 Corintios 6:19), y que está destinado a la resurrección (1 Corintios 15).
4. Enseña que la expresión sexual es tanto segura como satisfactoria dentro del vínculo del matrimonio (1 Corintios 7:1-5; Hebreos 13:4).
5. Da gracia a los creyentes solteros capacitándolos para vivir una vida feliz y plena (1 Corintios 7:7,8,32,39,40).
6. Se caracteriza por la esperanza: una confianza vigorosa en el futuro (Romanos 8:31-39).
7. Nos asegura que somos miembros de una comunidad selecta: el cuerpo de Cristo, en el cual cada persona desempeña un papel especial para beneficio de todos (Romanos 12:3-8; 1 Corintios 12:1-31).
8. Fomenta una relación única con Dios de manera que podamos acudir a Él como nuestro Padre en una actitud de expectativa y pedirle sanidad cuando estamos enfermos (Mateo 7:7-11; Romanos 8:15; Santiago 5:14,15).
9. Nos capacita para regocijarnos aun en el dolor (Hechos 5:41; 2 Corintios 4:16-18).

Dios desea su sanidad. Él permite la enfermedad y el dolor sólo cuando los puede usar para su bien. Y se va a ocupar de que usted esté bien por toda la eternidad. Creer esto va a promover su buena salud.

La enfermedad, la sanidad y usted

Los jóvenes raras veces tienen contacto personal con el dolor y la tristeza. Muchos de ellos tienen sus abuelos vivos todavía. Y aun cuando ven a estos abuelos enfermarse o morir pueden razonar que falta mucho tiempo para que le suceda eso a un miembro de su familia inmediata. Pero tarde o temprano, todo el mundo siente de cerca el dolor, la tristeza y la muerte. Por tanto debemos preguntarnos: «?Cómo voy a salir adelante cuando un médico me diga: "Lo siento, hicimos todo lo posible", o "Espero que esté preparado para recibir malas noticias. Debo decirle que tiene cáncer y que no podemos hacer mucho por usted"?»

Si ha colocado su confianza en Jesucristo puede enfrentar esas noticias con calma y esperanza. Si no está viviendo en obediencia puede volverse de su pecado y buscar a Dios. Puede pedir al Señor sanidad. Puede orar con absoluta seguridad de que Dios le sanará, si eso lo glorifica y es para bienestar eterno de usted. Y si no lo sana le dará su maravillosa gracia y usará la aflicción para bien.

Si nunca ha puesto su confianza en Jesucristo hágalo hoy. Reconozca su maldad y su incapacidad de salvarse a sí mismo. Crea que Jesús murió en la cruz por los pecadores y que resucitó de nuevo. Luego ponga su confianza en Él. Crea que lo hizo por usted. Él le perdonará, le hará miembro de su familia, y le dará vida eterna. Cuidará de usted por toda la eternidad.